

EDITORIAL

Frankenstein IA, hacia una ética y ciudadanía digital responsable

“ El hombre puede obligar y someter a la naturaleza, e impedir la muerte, no des-acelerarla, sino, frenarla por completo”. Es lo que deseaba dominar el doctor Víctor Frankenstein, siguiendo la versión de Guillermo del Toro, inspirado en la obra de la escritora inglesa Mary Shelley. En su éxtasis, al descubrir el secreto de la vida, la chispa eléctrica que animaba las extremidades de cadáveres, el médico tomaba para sí ese conocimiento que solo pertenece al ámbito divino. Pero ha robado el fuego a los dioses como en el mito de Prometeo y ha sufrido las consecuencias de su progreso tecnológico. Al rechazar a su criatura por su apariencia horrenda, al querer huir de ella, el doctor Frankenstein lucha contra su creación. Desea destruirla, pero ninguna estrategia le funciona. “El monstruo”, al recibir el abandono, el rechazo social, grita: “Maldito sea el día en que recibí la vida, maldito sea mi creador” [...] “Si no puedo inspirar amor, voy a causar miedo”.

La inspiración artística del moderno Prometeo hace que la obra de Shelley se considere el mito fundacional de la ética de la inteligencia artificial (IA). Una primera advertencia sobre la creación irresponsable de una entidad “inteligente”. Del invierno de la IA a mediados de la mitad del siglo xx a su primavera en estos tiempos, hemos visto cómo empresas y laboratorios crean algoritmos sin una gobernanza adecuada, lo que lleva a una posible falta de previsión de riesgos existenciales. “He creado un ser cuya fuerza supera la mía y cuya maldad no puedo controlar”, una preocupación que el filósofo sueco Nick Bostrom analizaba en su obra *Superinteligencia: caminos, peligros, estrategias* (2014). La criatura nace “en blanco” como tabula rasa, pero se transforma,

pues su comportamiento depende del entrenamiento y del uso que la sociedad les dé. Esa responsabilidad por la “crianza digital” nos lleva a preguntarnos: ¿quién educa al algoritmo? y ¿qué alimentación (datos) recibe para que se convierta en monstruo? El rechazo a la criatura se convierte en discriminación algorítmica.

La criatura aprende ética leyendo *El paraíso perdido*, Las vidas de Plutarco, *Crimen y castigo* de Dostoievski, las revelaciones morales de las Sagradas Escrituras, de *El príncipe y Del arte de la guerra* de Maquiavelo, de la ética pragmática y utilitarista de Bentham y Jhon Stuart Mill, del pensamiento eficaz y eficiente de Roger Bacon y René Descartes, de la ética como filosofía primera del filósofo judío Emanuel Lèvinas y las éticas del cuidado de Gilligan. Pero ¿cómo enseñar valores universales, si los datos están polarizados? ¿Cómo educar lo que realmente es un valor, aquello que vale?

Al querer huir de su creación, las empresas liberan modelos sin seguridad suficiente y luego niegan su responsabilidad. Tales son los casos de sesgos algorítmicos que han generado la violencia desde 2017 contra la población rohinyá en Myanmar, denunciada por la ONU y Amnistía Internacional, el escándalo de Cambridge Analytica y el uso de datos para inducir al elector en votaciones en varios países del mundo, o los sesgos algorítmicos judiciales y aporofóbicos en EE. UU. ¿Cómo podríamos tener el control, si ya la IA supera a los humanos en ajedrez y en Go? En la obra de Shelley la criatura se suicida en la pira del ártico. Siguiendo el debate propuesto por Eliezer Yudkowsky, ¿debería una IA consciente poder autodestruirse si concluye que daña a la humanidad? Ante este escenario, la frase de Mary Shelley cobra aún más sentido en pleno 2025: “¡Aprende de mí... cuán peligroso es el conocimiento cuando no va acompañado de sabiduría!”.

La paradoja de la IA es que esa chispa divina trae civilización, pero también violencia. ¿Cómo la resolvemos? Afortunadamente hay caminos de esperanza. En la nueva versión del Prometeo moderno, Del Toro, el cineasta mexicano tiene un segundo final de la historia. El monstruo no se suicida. Su creador ofrece su perdón por el mal padre que ha sido y la criatura lo acepta. Una nueva “ética suave” como paternidad responsable, implica la capacidad de educar en valores. Pero no son los datos cualitativos de los valores como la justicia, la responsabilidad, el respeto. El valor por excelencia es la dignidad de la vida humana. Es aquello que vale tanto, que soy capaz de dar hasta mi propia vida. Una ética robusta para educar a la criatura implica, por tanto, una antropología, una filosofía primera de la alteridad como lo indicaba Lèvinas, esa capacidad de ver en el rostro del otro mi propia indignancia.

Estos debates abiertos tienen un tratamiento interesante en los textos que acompañan esta nueva edición de la revista *Sol de Aquino*. Una lectura provocativa para pensar las consecuencias de las creaciones y artefactos y dar razones para la esperanza desde la ética en tiempos de la colonización del algoritmo. Aquí formulan estrategias para promover ciudadanías digitales co-creadoras y responsables, methexicracias, como lo señala uno de los autores, para hacer parte activa de la vida política en democracia. Propuestas que permiten robustecer otras iniciativas de la ciudadanía, instituciones no gubernamentales o la academia para regular el uso de la IA. Algunas Herramientas, como Étocabot, PadreIA.org o FrankensteinIA, coinciden con el objetivo de esta nueva edición para promover la alfabetización crítica, las ciudadanías digitales activas y desafiar las narrativas distópicas comunes en torno a la inteligencia artificial y su futuro ético en la era algorítmica. En este trabajo, por tanto, el lector encontrará criterios de discernimiento ético para evidenciar que hay esperanza, confianza y razones para creer y acoger nuestras creaciones como parte de nuestra paternidad responsable.

ANDRÉS RICARDO INAMPUES BORDA¹

¹ Docente investigador de la dirección de Humanidades. Universidad Santo Tomás. Magister en Ética Social y Desarrollo Humano. Estudiante de Doctorado en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: andresinampues@usta.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5503-672X>.